



TRES CHILENOS EN EL CAMINO PORTUGUÉS

BREVE DIARIO DEL CAMINO

Sabede que o apóstolo glorioso entre todos los outros apóstolos de nostro señor que foron á preegar per las partes do mundo, foy él o primero que pregou en Galiza; é, despois que o Rey Erodes mandou matar en Jherusalem, trouxeron o corpo d'el os discípulos por mar á Galiza... (Códice Calixtino)

Con mi amigo, Pascual Veiga López, nos reencontramos, hace cuatro años, en un restaurante de Providencia, en Santiago de Chile. Había pasado mucho tiempo, pero hablamos como antes, tal si viviéramos los días remotos de La Cisterna, con ese entusiasmo que la adolescencia otorga a las inquietudes comunes... Yo llevaba un libro sobre el Camino de Santiago. Pascual me dijo que tenía pendiente una deuda con la Terra Nai, allegarse a los orígenes de la familia paterna, en una aldea llamada Santa María de Porriño, en Pontevedra. Planeamos un viaje juntos, que nos llevaría por la ruta jacobea portuguesa, uno de cuyos destinos es aquella villa donde nacieran los Veiga Alonso, hermanos Tomás y Jesús... Peripecias y circunstancias demoraron la partida, a la que, felizmente, se agregó el joven Gonzalo Veiga Riveros. Se cuenta aquí el testimonio de la peregrinación de tres caminantes sudamericanos enraizados afectivamente a Galicia.

Desde Valença do Minho emprendemos el Camino de Santiago – Pascual Veiga López, Gonzalo Veiga Riveros y un servidor-, cumpliendo la Ruta Portuguesa, que va desde Valença do Minho -trazada sobre la Décimo Nona Vía Romana, que nace al norte de Lisboa- en la frontera portuguesa, hasta Santiago de Compostela; un total de 128 km, aproximadamente, porque las sendas suelen desviarse en algunos tramos y las distancias no se corresponden con los mapas de itinerario. (Al final, habremos hecho la cuenta de más de 140 km recorridos).

Partimos el lunes 22 de junio, desde la hermosa villa de Valença, con su enorme fortaleza medieval oteando el río Miño, vigilando quizá los amenazantes espectros españoles del siglo XVII... En el albergue de peregrinos no había nadie, por lo que no pudimos recibir allí la cartilla donde timbrar cada destino entre posada y posada.

Caminamos cinco kilómetros, cruzando el puente que separa las tierras lusas de las gallegas –separación histórica y culturalmente arbitraria-, para internarnos, a través de un sendero que bordea el cauce, y llegar hasta el albergue de Tui, junto a la hermosa iglesia románica. (Recordé a mi abuelo Cándido, que estudiara en el Seminario de Tui, sin profesar los votos sacerdotales). Luego de obtener nuestras credenciales, nos dirigimos a Santa María de Porriño, por sendas que serpentean entre antiguas aldeas y casales; a ratos, cruzando bosques de abedules abigarrados de enormes helechos, provistos de sencillos pero eficaces puentes romanos, alzados sobre los innumerables ríos gallegos (el País del Agua, al decir de un poeta do Caurel).



El Camino está señalizado con pequeños monolitos que llevan estampada la vieira o concha del peregrino; en algunos sitios, el emblema está adosado a los muros de casas aldeanas. También se utiliza una flecha pintada de amarillo, sea dibujándola en postes de luz o en el asfalto. No obstante, hay sectores que carecen de indicaciones o éstas resultan confusas.

Pero todo se soluciona con el viejo expediente de las preguntas, aunque las referencias de los gallegos no concuerden con nuestras medidas de longitud; así, un café que está “todo dereito, un quilómetro máis aló”, puede encontrarse luego de cuatro o cinco de arduo andar... Gonzalo se da maña para poner, en cada monolito y en los numerosos cruceiros de la ruta, pequeñas piedras, signo y ofrenda del peregrinaje común.

Antes de arribar a Porriño, atravesamos un vasto sector industrial –unos cuatro kilómetros- que es el tramo feo y desagradable de la ruta (como pasar por nuestra zona fabril de Cerrillos, en el remoto Chile); larguísima calle flanqueada de galpones, con tránsito intenso y ruidoso, camiones que irrumpen como un celaje, olor a plásticos y aceite de motor... (Al que diseñó esta ruta habría que sancionarlo por “ceguera burocrática”, epidemia universal del mal gusto).

Santa María de Porriño es una de tantas villas gallegas donde las construcciones de piedra exhiben la antigüedad de su historia milenaria, superponiendo estilos (como veremos en la Catedral de Compostela, desde el románico al barroco)... Buscamos el albergue, junto al pequeño río Douro. Encontramos allí a un grupo de alemanes que nos reciben con simpatía, pronunciando algunas palabras en torpe castellano... (Huelen mal, aunque visten buenas ropas deportivas)... Baño y descanso reparador. (Tengo tres ampollas grandes en la planta del pie derecho; Gonzalo efectúa atinadas curaciones. Ríe cuando le digo que todos mis males provienen de la derecha...)

A la mañana siguiente, martes 23 de junio, salimos del albergue y desayunamos en una espléndida cafetería (nunca echarás de menos el café ni el vino en los

numerosos bares de cada pueblo gallego; non se pasa sede nin fame en Galicia, váleme Deus...). Mi amigo Pascual y su hijo Gonzalo quieren conocer la iglesia de Santa María, donde fuera bautizado el padre de Pascual, Tomás Veiga Alonso, emigrado a Valparaíso, Chile, en 1915, junto a su hermano menor, Jesús; en ese templo se casaron sus abuelos, Maximino y Perfecta. El encuentro con los vestigios del pasado es emocionante. La cámara fotográfica es artilugio mágico que detiene el tiempo en intemporales imágenes. Los ojos de Pascual hablan mejor que todas las palabras... La



f fuente bautismal, de piedra amarillenta, es la misma donde se han consagrado a la fe católica muchas generaciones de porriñeses.

En el libro parroquial, el cura Luis Bernárdez Abad estampó, hace más de un siglo, la certificación: “...en trece de noviembre de 1899, fue solemnemente bautizado el niño Tomás, hijo legítimo de

Maximino Veiga Godoy y Perfecta Alonso Maceira, naturales de Sanguñeda...

Reemprendemos el Camino, yendo hacia Redondela, alternando estrechas callejuelas de los villorrios con senderos campesinos... En una plaza de juegos infantiles, solitaria, nos fotografiamos en el columpio, Pascual y yo, parodiando una fotografía similar, de hace medio siglo, obtenida en Río Blanco, cordillera de Los Andes... Encontramos escasos habitantes, quizá porque muchos de ellos utilizan las antiguas casas remozadas de dormitorio y solaz de fin de semana, mientras desarrollan su jornada laboral en ciudades como Vigo o Pontevedra. Las parroquias ya no viven la existencia rural de antaño; casas modernas, revestidas de granito pulido, con irregulares diseños, van reemplazando a las moradas de piedra. Pero los nombres suenan a viejas palabras escuchadas en la niñez de los Veiga López: Mos, Sanguñeda, Salgueiro, Guizán, Santiaguño de Anta.

Ahora, la senda sube y se hace por momentos agotadora. Gonzalo lleva la delantera, como un “escapado” que tira del pelotón. Pascual le sigue, a tranco resuelto; procuro mantener el ritmo en cada repecho, para no rezagarme... En lo alto de la colina, inmejorable otero entre carvallos, se nos regala



el paisaje impresionante de Vigo, con su airoso puente sobre la Ría de Arousa... Ya falta menos para llegar a Redondela... De pronto, Gonzalo hace un alto, saca su teléfono móvil, y dice: -“Es hora de llamar a Claudia, que está de cumpleaños...” Se establece la comunicación; Gonzalo titubea, ríe, nervioso. En Chile son apenas las 6:30 de la mañana y la esposa festejada ha salido abruptamente del sueño. Hacemos un coro a tres voces, para cantar “Feliz cumpleaños”, tan entusiastas como desafinados. Tras un muro de piedra se escuchan risas contenidas.

El antiguo albergue de Casa de la Torre, Redondela, ofrece excelentes dependencias, pero es temprano y decidimos hacer un alto, para continuar la marcha hasta Pontevedra. Tomamos una reconfortante merienda, con vino Ribeiro, en el café-bar de José, rúa

Xoán Manuel Pereira. Un gallego cordial y afectuoso que nos atiende y agasaja como a distinguidos clientes, con el que sostengo un diálogo en “galego enxebre”.

Salimos hacia Pontevedra, para pernoctar en la villa de Arcade, a siete kilómetros de Redondela. Encontramos una frutería extraordinaria, y más lo era la bella moza que atendía y que no tuvo ojos sino para Gonzalo, quien llenaba bolsas con naranjas, ciruelas y duraznos como para un festejo glorioso.

A la vuelta del despacho frutícola nos esperaba Flora, gorda rubicunda, propietaria del bar del mismo nombre, donde bebimos unas cañas de cerveza, acompañadas de gigantescos bocadillos de jamón gallego y chorizo del país. Pascual tomó la acertada decisión de alojarnos en Arcade, en el Hotel Avenida, junto a la vía del ferrocarril. Flora, coqueta y afable, nos invitó a una sardiñada, en celebración de la noche de San Juan, a lo que accedimos, gustosos y gentiles, como cabaleiros trovadores... Brindis, risas, anécdotas y poemas recitados al milagro de la vida... Aquella noche dormimos como príncipes.

Por la mañana del miércoles 24, día de San Juan, emprendimos la marcha hacia Pontevedra. Cruzamos el Pontesampaio, romano de prosapia y estructura. Sobre él se libró batalla decisiva en la guerra de independenci

a contra los franceses, en 1809.

Recordé que en la vanguardia de las tropas españolas combatió nuestro prócer José Miguel Carrera, entonces Sargento Mayor de Húsares del Reino de Galicia, como



se consigna en su Diario: “...Fui agregado, con el mismo grado de Teniente, que tenía en mi regimiento, al de Farnesio; de éste pasé al

de Caballería de Madrid, del que siendo Capitán he sido ascendido a Sargento Mayor de Húsares de Galicia...

El esfuerzo empieza a notarse en músculos y huesos, sobre todo de las extremidades inferiores. Lluve de manera intermitente, así es que recurrimos a las ligeras capas de agua, que nos otorgan un aspecto fantasmal... Desayunamos, en una tasca a orillas del camino, enormes café con leche y “curasán”, como pronuncian el *croissant* los gallegos.

En Pontevedra se alza el mejor albergue de peregrinos de la ruta. Descansamos un par de horas. Gonzalo masajea, hábilmente, las piernas resentidas de Pascual. Compramos unas chapas y cruces de Santiago. (Recuerdo cuando Celso Currás me preguntó, hace diez años, por qué lucía yo la cruz del Apóstol en Compostela, cuando en Chile presumía de agnóstico... Le respondí que nadie en la ciudad apostólica puede dejar de creer, donde hasta las piedras parecen cantar la fe de los antiguos). Con ademán ecléctico, coloco la roja cruz en mi boina, junto a la bandera republicana.

Queremos seguir avanzando. Caminamos hacia Caldas de Reis, pero nos han advertido que allí no funciona el albergue, por lo que decidimos hacer un alto en el villorrio de Briallos, en medio de un bucólico valle agrícola, rodeado de viñas. La posada es grata. Sólo encontramos allí un reducido grupo de portugueses, que hacen el camino con dos niños de corta edad... Gonzalo me aplica nuevas curaciones, esta vez utilizando apósitos especiales para ampollas. Un portugués le pregunta si es médico. Respondo por él, diciéndole que sí, y geriatra de especialidad.

Dormimos en Briallos, acunados por el rumor persistente de una fina lluvia. No hace frío. Antes de las 9:00, día jueves 25, reemprendemos la marcha, rumbo a Caldas de Reis, otra hermosa villa de las innumerables que engalanan Galicia, nuestra pequeña patria al otro lado del mar. El plan es pernoctar esta noche en Padrón y hacer el viernes 26 el último tramo hasta la Ciudad del Apóstol. (El pie derecho me duele bastante, pero habrá que hacer de tripas corazón).

A las dos de la tarde hacemos entrada, si no triunfal, a lo menos digna, en Padrón, la ciudad a donde desembarcaron los restos de Sant Iago, hace dos mil años. Pascual, repuesto, optimista y asertivo, nos invita a yantar en el exclusivo restaurante del Chef Rivera. ¡Otra idea genial! (Gonzalo no se opone).

El escritor José Domingo Castaño ha llamado a este lugar “Un templo mágico”, describiéndolo con elocuentes palabras que transcribo entusiasmado, recordando a los grandes gourmets y larpeiros de Galicia, incluido el incomparable Álvaro Cunqueiro, autor de “A Cociña Galega”, recetario lírico que todos debieran leer, homenaje al sacramento jubiloso del condumio. Escribe Castaño:

“Padrón ha ido naciendo a la historia por los caminos del río Sar. El mismo que trajo la barca del Señor Santiago. El mismo que llevó los cantos de Macías el Enamorado, el mismo que le dio a Rosalía de Castro riberas para atar los versos más hermosos. El mismo que enseñó a nadar contra la corriente a Camilo José Cela.

“Este Padrón donde los pimientos, las lampreas, las empanadas rivalizan con el marisco de las rías cercanas en la primacía del buen comer, tienen en Chef Rivera su templo mágico...

“Les voy a contar un secreto. A este padronés, a veces, por la lejanía de sentires y de nostalgias, le entran necesidades de Galicia, de Chef Rivera... para cargar las baterías del alma. Espero que algún día, en uno de mis enamorados regresos, me los encuentre a todos, levantando una copa de aguardiente al cielo de Breogán, para que cuide de mi tierra, para que cuide de mi gente, para que cuide de mi pueblo. Que así sea”.

Y en eso estábamos nosotros, Pascual, Gonzalo e mais eu, brindando después de un almuerzo incomparable, con augardente de oruxo... Alcé la copa y agradecí a la rubia buenamoza que nos atendía, preguntándole si el brebaje era afrodisíaco. Me respondió al instante: - “Claro, le despeja a usted todas las telarañas”- Mis compañeros de mesa rieron a mandíbula batiente. Cuando volvió la mesera, Pascual le comentó: -“Muy buena la broma”- -“¿Broma -dijo la rubia- nada, que siempre hablo en serio”-

Por la tarde nos dirigimos a la iglesia de Padrón. Don Roberto, el párroco, nos



muestra, diligente y sabio, la antigua piedra o “pedrón”, donde supuestamente fue amarrada la barca que trajo los restos del Apóstol, bloque que aún conserva inscripciones romanas... Dos viejas feligresas entablan conmigo una conversa en galego, exhibiendo ese curioso humor que llaman

retranca, ironía sutil y pícara para animar cualquier diálogo, jugando con las contradicciones y los equívocos.

Poco antes de las diez, nos cobijamos en el albergue. Una lluvia menudo entrega sus trazos de plata oscura a las piedras de la ciudad. Aquí murió la inolvidable Rosalía, en julio de 1885; aquí escribió su último poemario, “En las orillas del Sar”. Tierra bendita por la historia y la lírica, por el vino y la fina comensalía.

A las ocho de la mañana del viernes 26 de junio iniciamos el último tramo de la ruta hacia Compostela. El trazado recorre bellos parajes, pasando por el Santuario Mariano de Escravitude, con sus dos torres de piedra. Más allá, el Camino pasa ante la iglesia de Santa María de Cruces, internándose entre tupidos bosques, cruzando la vía ferroviaria que nos conduce a la aldea de Angueiras de Suso. Continuamos hasta la Rúa de Francos, caminando por los restos de la calzada romana y un antiguo puente sobre el río Tinto.

Subimos una leve cuesta para llegar a Milladoiro. Desde un otero tratamos de distinguir las tres torres de la Catedral. Gonzalo extrae sus binoculares y descubre las agujas catedralicias por encima de los

rojos tejados de Santiago. Unimos fraternalmente las manos y elevamos al cielo un Padrenuestro por el feliz término de la peregrinación, y por nuestros muertos amados, que sin duda caminaron junto a nosotros, como el anónimo peregrino de Emaús, que era Cristo resucitado entre los caminantes.

Gonzalo solicita un alto, celular en mano. Su hijo menor, Felipe, cumple siete años y es preciso saludarle. Ahora son las 7:15 de la mañana en nuestra lejana patria del Sur. Nuevamente, el “coro de ilustres”, como le llama Gonzalo, canta el himno de epifanía. Seguimos caminando como si hubiésemos completado una difícil misión. Alguien nos susurra, quizá en las voces del viento: “Hijos de Galicia, la Familia es siempre lo primero”.

Las últimas corredoiras ya parecen anunciar las calles, al suroeste de Santiago, por donde ingresamos a la ciudad apostólica. Nos detenemos un instante, frente al Pórtico de la Gloria, en silencio, agradeciendo a nuestros dioses lares por el feliz suceso. Vendrá ahora el trámite de obtención de la Compostela, credencial santificada de haber cumplido el Camino. (Lo de la indulgencia plenaria es asunto íntimo de cada cual, mas nos sentimos aligerados, en cuerpo y alma).

Una copa de frío ribeiro será el sello sacramental del logro.





TESTIMONIO FINAL DE FELIZ ANDADURA

El sábado 27 de junio, a las 12:00, asistimos a la Misa del Peregrino. La catedral estaba abarrotada de feligreses, y de muchos curiosos que asisten sólo por apreciar el espectáculo del botafumeiro, enorme incensario manipulado hábilmente por medio de cuerdas, que oscila sobre las cabezas, exhalando su hálito de purificación odorífera. El sacerdote pronunció un vibrante sermón, dirigiéndose a los peregrinos en varios idiomas: castellano, gallego, francés, italiano, alemán... Luego, un funcionario de la Asociación del Camino, leyó la lista de caminantes, agrupándolos según su origen, sin nombrarlos,

sino refiriéndose a su cantidad por país. Al final, escuchamos, con emoción contenida: -“De Chile, tres peregrinos”.

Por la tarde, a eso de las 7:00, se desarrolló una vigilia especial, a la que concurrimos una treintena de peregrinos. El mismo sacerdote que ofició la misa del mediodía, llevó a cabo la liturgia que consistía en ofrecer a Dios y al Apóstol nuestro peregrinaje, simbolizándolo en una especie de renovación de la esperanza, dejando atrás -como en el camino de la existencia- nuestras miserias humanas y el fardo de dolores y penurias. Se nos entregó una cartulina de color negro, que cada uno arrojó al fuego propiciatorio de un brasero, señal de comienzo de un nuevo andar... Habíamos formado un gran círculo humano, en uno de los patios del Palacio de Gelmírez, bajo la fina lluvia de Compostela.

Entramos luego a la Catedral, sentándonos en la sillería del coro, junto al altar mayor. El sacerdote pronunció breve homilía. Enseguida, nos sugirió orar por las diversas intenciones señaladas en la liturgia, llamando a los presentes a que leyeran cada uno de los ruegos. Pascual se levantó y procedió a leer una de las peticiones, a las que sumamos la intenciones individuales, en silencio de espíritu. Luego, el padre nos invitó para que entregásemos nuestro personal testimonio del peregrinaje.

Me ubiqué frente al cura, conmovido pero sereno, mientras una voz antigua hablaba por mi boca:

“Pascual, Gonzalo y yo hemos hecho el Camino Portugués, desde Valença do Minho, cumpliendo un viejo sueño de camaradería y de regreso a los orígenes... Somos hijos de emigrantes. Nuestros padres abandonaron esta tierra de Galicia, hace un siglo, para buscar en el sur de América un lugar que les ofreciera mejores expectativas, tras ese futuro promisorio que vuelve a los hombres perennes trashumantes. Ellos nos dejaron, como única e inmejorable herencia, el amor por la cultura gallega, por su historia y tradiciones, por esa lengua rumorosa que escuchábamos de niños, asociada al fuego y a las encantadas narraciones de las abuelas... Mientras caminábamos, sentíamos con nosotros la presencia de alguien que seguía nuestros pasos: era Cristo y en cada caminante pudimos ver su amado rostro... Quisiéramos que estas palabras se unieran a la voz sin tiempo de nuestros antepasados y se proyectaran, como las luces estelares del Apóstol, en el firmamento de esta patria bendita del Noroeste... Gracias, hermanos peregrinos, gracias Padre, que Dios os bendiga a todos.”

LA LUZ DE COMPOSTELA

De plata y estrellas es la luz de Santiago, y de luna fría, si atraviesas de noche sus encantadas rúas. Bien lo cantó Federico: *“...Chove en Santiago na noite escura/ herbas de prata e de sono/ cobren a valeira lúa...”*

Compostela bulle en la noche estival. Por el río lustroso de sus adoquines se deslizan gráciles mujeres, de largas piernas y sinuosa figura, de azules ojos de plenilunio...

A los tres nos fascina aquel pasmo, regalo de súbita sorpresa. – Parece un sueño increíble cómo surgen estas féminas, flores brotadas de las sombras... Uno de nosotros ha dejado caer las palabras, gotas de orballo leve sobre la húmeda piel de la noche.

Alguien nos cuenta que, después de la última campanada, encontraremos a la mismísima Berenguela, hermosa reina de Santiago, tendida sobre la Fuente del Peregrino.

Tras el último tañido, la calle enmudece y sólo vemos siluetas vagarosas bajo su luz argentina.

Callo. Sé que en el arca secreta del corazón palpita mi única Berenguela.

LUGO, LA “BIEN MURADA”

Mi padre nos mostró, el primero, algunas viejas fotografías de Lucus Augusta, la ciudad amurallada del Noreste de Galicia, fundada el año 26 A.C. por los romanos, bastión contra las invasiones bárbaras venidas desde los Pirineos. Nos habló de ella, años más tarde, con erudito entusiasmo, nuestro paisano Ramón Iglesias, en Meixón Frío – como bien recordará Eugenio-. Mi primer viaje bajo sus arcos de piedra musgosa fue en mayo de 1983; su encantamiento es perdurable.

Pascual, Gonzalo y yo, la visitamos el domingo 29 de junio de este año 2009, después de cumplir el Camino Portugués, sobre la Vía Romana Décimo Nona... Llegamos a mediodía. Se apreciaba inusual movimiento y batían en el aire trompetas y tambores. Una compañía de centuriones romanos, de bruñidos cascos y petos argentinos, cruzaba la puerta del norte. Mujeres y hombres, jóvenes y niños ataviados a la romana usanza, doncellas moviéndose, sinuosas, al borde de las fuentes; carpas cuadrículadas, banderas y estandartes de hace veinte siglos... Lucus Augusta cumplía 2035 años desde su fundación. (Recordamos nuestra breve efemérides nacional del bicentenario, en 2010, y nos sentimos unos bisoños de la Historia).

Morosamente, recorrimos desde la altura el impresionante murallón que rodea la ciudad antigua, fotografiándonos junto a las almenas y troneras desde donde los hijos de Cayo Junio vigilaban el horizonte para prever las incursiones de los enemigos del imperio. Luego, acercándonos a edades posteriores, visitamos la catedral de Lugo, con su arquitectura medieval y renacentista, donde sobresale la espléndida ebanistería del coro labrado por Francisco de Moure, hace quinientos años.



Pascual y Gonzalo disfrutaban las perspectivas de las estrechas callejuelas lucenses, donde la luz juega con las viejas sombras e ilumina el andar de las gráciles mujeres gallegas. Por momentos, olvidábamos el cansancio que traíamos en músculos y huesos, aligerados por la felicidad de haber cumplido la meta del Camino...

Rematamos en un restaurante, en las afueras de la Muralla, xantando coma deuses... Por algo Camilo José Cela decía que no hay morriña ni saudade que puedan resistir un pulpo a feira regado con Ribeiro o Albariño. Toda tristeza naufraga en la mesa del condumio,

porque la comida es en Galicia un ritual, a la vez sagrado y dionisiaco, donde las almas y los cuerpos se solazan en la fiesta culinaria.

Cuando declinaba la tarde, regresamos a Compostela. Dona Carme nos franqueó la entrada, con las viejas verbas sonando a bienvenida:

-Xa voltaran entón... E logo, como lles foi?

PEREGRINAS

A Soledad García Moure

Es joven, alta, enjuta, bella, de grandes ojos azules. Una trenza dorada le cae hasta más abajo de la cintura. A su lado hay una burra de pequeña alzada, de color gris plateado, sin reata ni aperos. – “Somos dos peregrinas- dice la mujer- Ruth y yo, Helga...” La encargada del albergue de Redondela le mira sorprendida. – “Aquí no se aceptan animales”- le responde, con leve temblor en la voz. – “Ella no es un animal, es una peregrina...”- retruca la rubia, golpeando el mesón con la palma de la mano.

Se produce un silencio embarazoso. Aparece otra funcionaria del Camino, con trazas de jefa. – “A ver- dice, aquí no podemos recibirla a ella... -hace un gesto indicando a la cuadrúpeda- pero hay cerca unos vecinos labradores que podrían cobijarla por una noche”. La rubia no responde, pero deposita sobre la mesa de recepción dos cartillas en las que figuran ambos nombres: Helga y Ruth, con los sellos de la vía francesa a Compostela. Se vuelve y camina hacia la dirección indicada. La burra le sigue, mansamente.

La encargada nos pone al tanto de la breve historia: – “Helga es holandesa, hija única de un matrimonio adinerado... Hace tres años que peregrina, desde Róterdam hasta Fátima, pasando por Santiago de Compostela, con su burra, que no lleva carga... Helga sólo trae consigo un pequeño morral con elementos básicos; no porta dinero ni tarjetas de crédito ni teléfono móvil. Se alimenta de lo que le dan en el camino y pide forraje para Ruth, sobre todo frutas... Al parecer, se trata de una iluminada, aunque muchos la consideren loca de atar...”

A las 10:00 de la noche, el albergue cierra sus puertas, para cautelar el descanso de los caminantes. Cinco minutos antes aparece Helga, sola -Ruth ha quedado en un pesebre de la vecindad-... Cruza el umbral sin mirar a nadie, silenciosa, casi felina. Miré sus grandes ojos claros, llenos de luz, imaginando que debe poseer un aura considerable (hay quienes pueden ver esa especie de irradiación sobrenatural; no es mi caso).

Pienso en dos peregrinos de comienzos del siglo XIII, San Francisco y Santo Domingo. Santos iluminados en su época; locos en el siglo XXI, anormales en este tiempo de materialismos ávidos, de enajenación ramplona... ¿Qué nos diría San Francisco de Ruth, la burra que se parece a Platero, el dulce asno del Poeta de Moguer? Quizá que ella es una peregrina y que tiene alma, como el lobo y el



cordero, como los pájaros que cada mañana trinan al Buen Dios...

Madrugamos a la mañana siguiente -

Pascual, Gonzalo y yo- e ingresamos a desayunar en la tasca de José, que es afable como su homónimo, el carpintero de Belén. Frente al ventanal de la cafetería,

cruzan las siluetas de

Ruth y Helga, camino al suroeste, hacia Fátima. El milagro es éste: ambas son peregrinas del Señor.

NOTAS DE VIAJE

I.- MORADA TRASATLÁNTICA

Hace once años que tengo mi lugar de alojamiento y acogida en la rúa San Pedro de Mezonzo 32, 3ª Izquierda, en Santiago de Compostela. Dona Carme, soltera octogenaria, renta tres habitaciones a gente conocida de América y de otros países europeos que no sean España... Aparte de esta selección, sus precios son módicos. Dona Carme está algo sorda y siempre responde: “¿Qué dixo vostede?” Y hay que repetirle y modular bien, para que no se enrede en nuestra torpe prosodia chilena. Ella me aprecia y distingue entre sus ocasionales inquilinos. Conversamos en galego y trato de corresponder a su humor retranqueiro.

Los tres peregrinos de Chile, Pascual, Gonzalo e mais eu, nos albergamos en casa de dona Carme durante dos semanas. Cada día (salvo los cinco del Camino) desayunamos con ella antes de marchar a nuestros afanes. A Pascual ella le recuerda a su abuela Perfecta, y a ratos siente que es ésta la que habla. Gonzalo ríe de sus bromas y suele retrucarle en lengua galaica, con una sorprendente facilidad para hablarla (será la fuerza de los genes, digo yo).

Desde Chile ha llegado otro pensionista: Carlos Weber, abogado oriundo de San Vicente de Tagua Tagua, amigo y alumno aventajado de nuestros cursos de lengua e cultura galega en la Universidad de Santiago de Chile. Carliños –como le tenemos bautizado- es un entusiasta de la historia y la literatura de Galicia, inquieto como una ardilla entre los folios develadores. El sábado de la Vigilia en la Catedral, Carliños intentó sumarse al grupo de los peregrinos que participábamos en la liturgia. Un cura joven, alto, de recia estampa, le impidió el paso: -“¿Es usted acaso peregrino?”- -“No, pero...” retruca nuestro amigo, con una bolsa cargada de libros que balancea, nervioso... -“Entonces, retírese”-, ordena, autoritario, el cura cancerbero.

Cuando regresamos de la vigilia, topamos a Carlos en una cabina telefónica, cerca de casa. A cierta distancia y a viva voz, le pregunto: -“¿Botáronche fóra da igrexa, Carliños?”- Nos mira sorprendido y responde, titubeando: -“Es que el padre no me entendió... Lo que yo quería...”- Entonces, le digo: -“Non che preocupes, Carliños, o cura sabe quen pecca...”-

II.- AMIGOS DEL CONSELLO

Visitamos el Consello da Cultura Galega, en el Palacio de Raxoi, frente a la catedral. Nos reciben dos jóvenes escritoras que trabajan allí en tareas de investigación: Rosa Aneiros y Anxos Sumai. Cálidas, bellas y hospitalarias como tantas mujeres gallegas, correspondiendo a esa imagen que Antonio Machado define en su Autorretrato: -“Amé cuanto ellas tienen de hospitalario”-... Gonzalo escribe en el computador de Anxos una tarea pendiente, mientras Pascual y yo nos dirigimos a saludar a nuestro querido amigo, Xosé María Palmeiro, a su despacho atestado de libros y papeles. Abrazos, presentaciones que se repetirán luego con el Gerente, Marcelino Fernández... El nombre de Pascual Veiga es como una llave de oro para acceder a cualquier lugar de Galicia, para abrir todas las puertas; el ilustre músico es emblema y paradigma. Le preguntarán, una y otra vez: -“¿Es usted descendiente del músico?”- Pascual calla, sumido en su habitual modestia; yo, que no milito en las huestes de la humildad, respondo por él: -“Por supuesto que lo es; directamente...”

Nos consideran como a viejos amigos de ultramar. Pascual recibe el precioso libro de los Símbolos de Galicia, donde está el Himno, con su músico insigne, Pascual Veiga, y con su gran poeta, Eduardo Pombal. La nutrida correspondencia entre ambos revela el arduo trabajo de compaginar melodía y escritura, para dar a luz la bella composición simbólica de la patria gallega. A Pascual le llama la atención el acendrado nacionalismo de los hijos de Breogán. Conversamos acerca del amplio universo de culturas distintivas que conviven en la Península Ibérica, cuya diversidad no puede abarcarse, simplemente, con el adjetivo “español”, categoría más bien equívoca, que huele a trasnochado totalitarismo... Al respecto, cito a Francisco de Quevedo, quien a mediados del siglo XVI se refería a “las Españas”, significando con el plural de patrias esta diferenciación que es parte de su riqueza cultural, conjunción de pueblos y etnias de remotos orígenes, como celtas, romanos, suevos, visigodos, astures, árabes...

Cada vez parece más difícil, en medio de la uniformidad ramplona de la llamada “globalización”, respetar las culturas particulares y las minorías étnicas. El ánimo del Poder imperante es “integrarlas”, es decir, someterlas, absorberlas, negarlas –aquí y allá-, como hacemos en Chile con mapuches, huilliches y aimaraes.

Xosé María Palmeiro nos invita a un xantar extraordinario en el restaurante “Camilo” (estuve allí, hace años, con Fernando Amarelo).

Comer es en Galicia un acto social, un sacramento de amistad, una fiesta para conjurar la muerte y el olvido.

III.- VIGO, LA CIUDAD OLÍVICA

El martes 30 de junio viajamos en tren a Vigo, la ciudad más populosa de Galicia, con sus trescientos mil habitantes. (Se la llamó “olívica”, porque los romanos plantaron en sus colinas grandes olivares). Tenemos dos citas: una, en Editorial Galaxia; la segunda, con Luis Vaamonde.

En la principal casa editora gallega, nos recibe Xesús Domínguez



Dono (Suso), mestre de lingua galega, con quien trabé sólida amistad desde julio de 1999, cuando asistí a los cursos de la Universidad de Compostela. Está presente también, Xosé Soutullo. Hemos venido para tratar la propuesta de publicación del libro de Jesús Veiga Alonso, “La Ciudad de El Rey Don Felipe”, o “Puerto del

Hambre”, como se la conoce en los manuales de Historia. El texto, que hemos traducido del castellano al gallego, fue publicado en los años 70’ en Chile y una segunda edición, en el 2001. El tío Jesús – como le llama Pascual- realizó una notable labor de investigación y de arqueología en terreno, logrando el hallazgo de los restos de aquella villa fundada en 1582 por el célebre marino pontevedrés, Pedro Sarmiento de Gamboa. Una tesonera labor que Jesús Veiga supo compatibilizar con sus afanes de gerente de seguros en Punta Arenas.

La reunión se desarrolla en un grato ambiente. Es probable que el libro sea publicado a fines de este año. Pascual entrega un cedé con fotografías históricas alusivas y testimonios familiares de los Veiga Alonso y de los Veiga López. Suso nos muestra luego las dependencias de Galaxia, en un recorrido que ilustra los modernos e interesantes procesos de edición.

Salimos cargados de libros y alentados por la esperanza, dirigiéndonos a cumplir la segunda cita...

Suelo asociar a Vigo con Luis Vaamonde, director de “Galicia en el Mundo”, cordial y exuberante amigo, dueño de una privilegiada voz de barítono, que luce acompañado de la guitarra en ocasiones de alegre convivencia, como esta de Panxón, en casa de Laura, mirando las islas Cíes, que parecen desafiar, hacia el oeste, el mar proceloso de la Atlántida.



Hemos almorzado -Pascual, Gonzalo y este escriba impenitente- en A Pedra, con Luis, Martín y Lois, xantando ostras, bacalao, mejillones y otras exquisiteces... El ribeiro ha sido reemplazado, con ventaja, por el albariño. Ahora, en casa de Laura, departimos, escuchando cantar a Luis su amplísimo

repertorio. Ella recita algunos poemas y canta, con voz gruesa y cálida. La tarde se llena de dulce nostalgia. Las horas vuelan en la terraza, y debemos marchar a Santiago, en el coche de Martín. Luis, incansable, insiste que bebamos unas copas en su apartamento de Vigo, a lo que rehusamos, pues Martín deberá madrugar al día siguiente y tenemos más de una hora de camino. (Este Luis -diríamos en Chile- es “de tiro largo”).

Mis compañeros de ruta están encantados con Vaamonde, maravillados de su



vitalidad esplendorosa. Nos formula una invitación para el venidero septiembre, pues celebrará sus cincuenta y tres intensos años con una fiesta en casa de Laura, a la que están convocados Joan Manuel Serrat, Joaquín Sabina y Alberto Cortés.

Nos despedimos con la promesa de volver. Yo bien sé que Galicia y Vaamonde nos cobrarán la palabra.

IV.- CAFÉ-BAR “JULIO”

Julio es un gallego joven que regenta, junto a su mujer, su propio café-bar. Esto es común en Galicia y en el resto de España. Las parejas trabajan codo a codo sus propios negocios, reduciendo costos, al precio de una labor intensa de catorce horas al día, puesta la mirada en un buen pasar futuro, que muchas veces no adviene, porque el comercio de servicio comestible suele ser esclavizante...

Pero Julio se ve feliz, cordial, atento con sus parroquianos. Aquí puede uno hablar de virtuales feligreses, fieles asiduos al lugar, como a una segunda casa (recuerdo el Bar Amigo, en Santiago de Chile). Y es que las citas y encuentros se conciertan en el bar de cada día, y el locatario se entera de la existencia más o menos íntima de sus clientes.

En Galicia no existe la “cultura del sándwich”, pero es grato comer un buen bocadillo de crujiente pan, jamón gallego y queso de tetilla. Julio nos prepara unos espectaculares, que saboreamos, acompañados de frío vino ribeiro y de cañas de aromática cerveza.

Presenciamos el partido final de la Copa Confederaciones, certamen jugado en Sudáfrica. Hay caras largas, porque España cayó eliminada ante el equipo sorpresa del campeonato, Estados Unidos, que aquí llaman “Usa”. Los finalistas son Brasil y el team norteamericano. El primer tiempo termina con una ventaja de dos a cero a favor de los gringos, pero en el segundo tiempo, Brasil despliega su poderío, a través de un juego rutilante y preciso. El resultado final, que nos complace, es: Brasil tres, USA dos. Nadie celebra en el local. La parcialidad hispana no transa sus ambiciosas expectativas frustradas.

-¿Cando marcharedes? –pregunta Julio.

-O xoves vindeiro –le respondo.

-Bueno, home, sempre se face curta unha viaxe á Terra Nai...

-Xa o creo... Ademáis que agora iremos cunha dobre nostalxia, botando en falta a nosa Galicia...

Julio no responde con palabras, sino que sirve tres chupitos de licor de herbas, un oruxo que anima aún más nuestra clara alegría.

V.- PARTIDA Y ENCUENTRO

El jueves 2 de julio, a las 5:30 de la madrugada, tomamos el último desayuno juntos con Dona Carme. Pascual y Gonzalo viajan de regreso, vía USA, a Chile. Me quedará un par de días solo en Galicia, aunque hoy jueves pienso viajar a Noia, casa de los Fernández García, porque ya tengo saudade por la partida de mis amigos y compañeros de peregrinaje...

Llegué a la estación de autobuses de Noia, alrededor de las dos de la tarde. Me esperaban Isabel, Luis y el joven Manuel, familia de los Fernández García. Gallegos de estirpe, dueños naturales de la mejor hospitalidad del mundo. Fuimos a almorzar a una acogedora casa de comidas, cerca de la plaza... Callos á galega, abadexo á prancha, cachelos, pementos de Padrón, viño Ribeiro, flan caseiro (leche asada), augardente de herbas... La cocina gallega se despliega en un generoso ritual, muy semejante al de la amistad.

Les hablé de Xoán, su hijo mayor y mi sobrino gallego adoptivo, afincado en Chile, de la manera en que nos conociéramos, hace más de un año, de nuestras reuniones asiduas en el bar "Amigo", de las conversaciones en la vieja lengua de los antepasados... Isabel es extravertida, apasionada, cálida; Luis es más bien parco, aunque advertí en sus gestos y ademanes la impronta de una cordialidad sincera; Manuel es un muchacho despierto e inquieto, algo tímido, como su padre... Después del opíparo yantar, fuimos a casa de los Fernández García, para llevar a Manuel, que iría a la playa con sus primas (¡qué envidia!)... Isabel me agasajó con turronec, mazapanes y otras delicias, amén de una vistosa polera verde claro, grabada con signos celtas.

Noia es una villa para vivir al mejor estilo gallego, fuera del tráfico inhumano de las grandes ciudades. Empinada sobre la ría de Muros-Noia, conserva su vieja nobleza feudal y exhibe el fértil paisaje marino de la Galicia atlántica, dulcificado por las rias.

Pasadas las cuatro, salimos rumbo a Sada. En cincuenta minutos estábamos en Gandarío, en el albergue juvenil. Mi hija Sol no estaba, porque los jóvenes del campamento habían viajado a la playa de Betanzos. Recorrimos Sada, tomamos café y bebidas; hice algunas llamadas a mis buenos amigos republicanos, que andaban fuera de la villa. Mientras caminábamos por el paseo marítimo que baña la ría de Ares, nos encontramos a boca de jarro con la Sol, que venía con sus nuevos amigos, radiantes y felices... Nos abrazamos, sorprendidos, como si no nos hubiéramos visto ayer.

Luis e Isabel me llevaron hasta Santiago, donde tomamos café con leite (el café es también aquí incomparable), y dulces del país. Si hay algo que agradecer a viva voz, es el regalo de la amistad.

Al día siguiente, viernes 3, recibí la visita, en Compostela, del escultor Xosé Val Díaz, amigo entrañable. Me obsequió la novela-testimonio “Polos fillos dos Fillos”, de Xosé Manuel Sarille, una narración desgarradora de la Guerra Civil en las comarcas aldeanas de Lugo... Paseamos por Santiago, almorzamos en el Palacio del Jamón, y nos despedimos en el aeropuerto de Lavacolla, con un “ata loguiño” emocionado.

¡Ata sempre, Galiza! Aburiño...

PEREGRINOS

A Gonzalo Veiga Riveros

***La Ría de Arousa abre su espejo
como agua viva que refresca al caminante.
Pascual trae sueños en la mochila
y una esperanza nueva que alienta
en los seguros pasos de Gonzalo***

***Camino tras ellos.
Alguien nos convoca en un convite
fraterno de medio siglo...
Alguien
que lleva el nombre de los antiguos
Alguien
que nos une con palabras sin tiempo.***

***Gonzalo parece tragar con sus ojos
el paisaje verdeazul de la Ría
el verdor profundo de los bosques.***

***Pascual y yo desgranamos la memoria
como el racimo que engendra el vino.
El camino se abre, una y otra vez.
Las palabras callan en la melodía
de los pasos
y el recuerdo es una senda
por donde caminan los nuestros.***

Amigo Pascual, amigo Gonzalo, si los caminos de la vida se bifurcan, también se entrecruzan, gracias a la misteriosa cartografía del Buen Dios.

***Edmundo Moure Rojas
Santiago de Chile
Julio de 2009***